

CAPITULO VI

EA, PUES, SEÑORA, ABOGADA NUESTRA.

1.º — *María es nuestra abogada, y tiene poder para salvarnos a todos.*

Es tan grande la autoridad que tiene una madre sobre sus hijos, que, aunque alguno llegue a ser gran monarca, con absoluto dominio de todas las personas de su reino, nunca la madre viene a estarle sujeta. Verdad es que, sentado a la diestra del Padre, Jesucristo nuestro Señor adquirió, en cuanto hombre, por razón de la unión hipostática con la persona del Verbo, dominio general sobre todas las criaturas, incluso María; pero también es positivo que mientras vivió en carne mortal quiso humillarse y *serle súbdito*, como atestigua el Evangelio de San Lucas (2, 51). Y aún llegó a decir San Ambrosio que, supuesto que se dignó escoger a María por Madre, el obedecerle como Hijo fue obligación. Lo más que se dice de los Santos es que están con Dios; pero de la Reina de los Santos se

afirma que tuvo la suerte, no sólo de haber estado siempre sumisa a la divina voluntad, sino de haber tenido a la suya sujeta y obediente al mismo Dios. Las demás vírgenes *siguen al Cordero dondequiera que va* (*Apoc.*, 14, 4); pero la Virgen de vírgenes fue en este mundo seguida del Cordero, súbdito suyo. Ahora, en el Cielo, si bien ya no puede mandar en su divino Hijo, es indudable que sus ruegos maternales son eficacísimos para conseguir cuanto pide. Lo que pide y desea lo puede en tierra y Cielo, y hasta volver la esperanza a los que ya estaban desesperados. Cada vez que se acerca al altar de la misericordia y presenta a Jesucristo cualquier petición en beneficio nuestro, es tanto lo que el Señor se agrada, y accede tan pronto, que más parece precepto que súplica, más de señora que de sierva. De esta manera honra Jesús a su querida Madre, de quien fue tan honrado mientras vivió entre nosotros, concediéndole al instante todo cuanto desea. Sois omnipotente, Señora, en salvar a los pecadores, sin tener necesidad de otra recomendación que el ser Madre de la verdadera Vida.

Todo, hasta el mismo Dios, obedece al mandato de María, dice francamente San Bernardino de Sena; esto es, Dios oye sus ruegos como si fueran preceptos. Sí, Virgen purísima; a tanto os ha Dios ensalzado, que, por gracia, no hay para Vos cosa imposible. Vuestro auxilio es omnipotente, pues conforme a buena ley gozáis todas las prerrogati-

vas de que el Rey goza, como que sois la Reina. Poderoso es el Hijo, poderosa la Madre; omnipotente el Hijo, omnipotente la Madre, y tanto, que tiene puesta Dios a toda la Iglesia, no bajo vuestro amparo solamente, sino también bajo vuestra jurisdicción y dominio.

Una es la diferencia: que el ser omnipotente el Hijo es por naturaleza, y la Madre, por gracia, como fue revelado a Santa Brígida, que un día oyó que el Señor dijo a su dulce Madre: «Madre mía, pide cuanto quieras, porque no pueden dejar tus ruegos de ser oídos. Tú, en la tierra, nada me negaste, y Yo en el Cielo, nada te negaré.» Con esto, bien entendemos lo que quiere decir ser omnipotente María, no que lo sea en todo rigor, cosa de que una criatura no es capaz, por perfecta que sea, sino porque pide y alcanza cuanto quiere.

Basta que sea empeño vuestro, Señora, y todo se hará; basta que queráis levantar al mayor pecador del mundo, y será santo. Y así, decía: Lo que los hombres me deben suplicar es que Yo quiera, porque todo aquello que me agrada necesariamente se hace. Muévaos, Señora, vuestra benignidad y poder, porque cuanto sois más poderosa, debéis ser más misericordiosa. ¡Oh dulce abogada nuestra!, pues que tenéis corazón tan piadoso que no podéis ver nuestras miserias sin compasión, y juntamente con Dios, poder tan

grande para salvarnos, no os desdeñéis de mirar por nosotros, miserables pecadores, los que en Vos hemos puesto toda la esperanza. Y si nuestras oraciones son ineficaces, confiemos en Vos, sabiendo que Dios os ha ensalzado tanto para que tan rica como sois en poder, tan misericordiosa seáis en querer favorecernos. Pero de vuestra misericordia, dice San Bernardino, ¿quién ha de dudar? Si es inmenso el poder, inmensa es la bondad, e inmensa la caridad, como por los efectos vemos cada día.

Desde que vivía aquí, en la tierra, su único pensamiento fue, después de la gloria de Dios, el bien de los hombres, con el privilegio de conseguir cuanto pidiese, ilimitadamente. Lo comprueba el suceso de las bodas de Caná, cuando, habiendo faltado vino, compadecida del rubor de aquella buena gente, se acercó a pedir a su Hijo que los consolase con obrar un milagro. Al principio parecía que el Señor se negaba, y así dijo (*Jn.*, 2, 4): *Mujer, ¿a nosotros qué nos importa? El tiempo de hacer milagros no ha llegado aún;* los haré cuando empiece a predicar, en confirmación de mi doctrina. Con todo, María como si ya estuviese acordada la gracia, les dice (1) que *llenen las vasijas de agua*. Pero ¿cómo es esto? Si el tiempo determinado de obrar los milagros había de ser el de la predicación,

(1) Las palabras siguientes no son de María, sino de Jesús.

¿cómo se anticipa contra el decreto divino? No, dice San Agustín; no hay aquí nada opuesto a lo que Dios tenía decretado, porque aunque, generalmente hablando, todavía estaba por venir el tiempo de las señales y prodigios de nuestro divino Salvador, tenía Dios también determinado desde toda la eternidad, con otro decreto general y absoluto, que a su Madre todo se lo había de conceder luego que se lo pidiese. Y por esto, sabedora Ella de este privilegio, aunque, al parecer, se le negaba aquella petición, manda, como cosa ya hecha, que llenen las vasijas de agua. Quiere decir, que, a pesar de la aparente repulsa, el Señor, para honrarla, accede prontamente a sus ruegos, o que con aquellas palabras quiso dar a entender que, por entonces, a los de ningún otro hubiera accedido; pero hablando su Madre, no lo dilata un punto.

Ciertamente, no hay criatura alguna que pueda obtener tantas misericordias a los miserables desterrados en este valle de lágrimas como esta medianera santísima, honrada por Dios como querida Madre. Basta que abra los labios. Hablando el Esposo de los Cantares (8, 13), en quien está figurada María, le dice de este modo: *Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan; oiga Yo tu voz*. Los amigos son los Santos, los cuales, siempre que piden algo en beneficio de sus devotos, esperan que su Reina presente la súplica y

alcance la gracia, pues que ninguna se concede sino por su mediación. ¿Y cómo las impetra? Basta que *se oiga su voz*. Consigue las gracias rogando, sí, pero al mismo tiempo interpone la autoridad materna, con la que obtiene cuanto pide y desea. No hay en esto duda.

Cuenta Valerio Máximo que, teniendo Coriolano sitiada la ciudad de Roma, su patria, y no bastando súplicas de ciudadanos y amigos a persuadirle a alzar el cerco, saliendo, al fin, su madre, Veturia, no pudo el hijo resistir a sus ruegos y lágrimas, y al instante se retiró. ¡Cuánto más aceptos serán los ruegos de tan buena Madre a un hijo tan amante! Un sólo suspiro suyo vale más que las oraciones de todos los Santos. Suspiros son de Madre, a cuyo poder y eficacia no hay resistencia. Acudamos, pues, a esta poderosísima abogada, diciendo: Señora, pues que tenéis autoridad de Madre, fácil os es obtenernos perdón de nuestros pecados, por enormes que sean, no pudiendo menos de acceder a cuanto le pedís a aquel Señor de infinita piedad, que os escogió por Madre. Todo el Cielo, a una voz, os llama *bendita*, diciendo que lo que Vos queréis es lo que se hace, y nada más, según aquel célebre verso:

Lo que Dios con su imperio,
Tú, Señora, lo puedes con tu ruego.

Pues qué, ¿no ha de ser cosa propia de la benignidad del Señor dar gusto a su dulcísima

Madre, puesto que *vino* al mundo, *no a quebrantar, sino a cumplir la Ley*, entre cuyos Mandamientos, uno muy principal es *honrar padre y madre*? Y aun en cierto modo está obligado a ello, por ser deudor a la suya del ser humano que en su seno purísimo recibió, con el consentimiento de la misma Señora. Bien le podemos decir: Alégrate, Virgen Santa, de tener por deudor a un Hijo que a todos da y de ninguno recibe. Nosotros debemos todos a Dios cuanto tenemos, porque todo es don suyo. Únicamente a Vos ha querido ser deudor, tomando carne y sangre en vuestras purísimas entrañas. Contribuisteis a dar el precio de la redención para librar al hombre de la muerte eterna, y por eso sois más poderosa que ningún Santo en ayudarnos a conseguir la eterna vida. Vuestro Hijo gusta que le pidáis, porque desea darlo todo por vuestro respeto, para pagaros así la preciosa dádiva que le hicisteis dándole forma humana. Sí, Virgen sin mancha, a todos nos podéis salvar con vuestros ruegos, dignificados con la autoridad que os da el título y ser de Madre.

Concluyamos con las regaladas palabras del
ESTÍMULO DE AMOR.

Inmensa y admirable fue, por cierto, la bondad de Dios, que, siendo nosotros pecadores vilísimos, darnos le plugo en Vos una abogada de quien podemos esperar toda suerte de bien; abogada en

cuyas manos beneficentísimas están los tesoros inagotables de la divina gracia; abogada piadosísima, por quien alcanzásemos redención de culpas, galardón de gloria.

EJEMPLO.

Camino del patíbulo, salvado por María.

Cierto joven, hijo de viuda, fue enviado por su madre, muy devota de nuestra Señora, a la corte de un príncipe, haciendo que al despedirse le prometiese rezarle diariamente un Avemaría, y, al fin, esta corta oración: «Virgen benditísima, ayudadme a la hora de mi muerte.»

Llegó a la corte el joven, y a poco se envició con tal desenfreno, que su amo se vio precisado a despedirle. El, entonces, no hallando cómo sustentar la vida, desesperado, se echó a bandolero, siguiendo, con todo, en practicar todos los días la devoción aconsejada por su madre. Finalmente cayó en poder de la justicia, y fue sentenciado a pena capital.

Estando para ser llevado al patíbulo, considerando entonces al vivo su deshonra, la aflicción de su madre y tan cerca la muerte, lloraba sin consuelo. El demonio, viendo esto, acudió disfrazado en forma de un gallardo joven prometiendo librarle de la muerte y prisión si consentía en hacer lo que le propusiese. Vino en todo el reo, y sin más

preámbulos se le declaró el demonio, y primero exigió que renegase de Jesucristo y los Sacramentos. Lo hizo. Después quería que renegase también de María Santísima y renunciase su patrocinio. «Eso nunca lo haré», contestó; y volviéndose a la Señora, le rezó la oración de su madre: «Virgen benditísima, ayúdame a la hora de mi muerte.» A estas palabras desapareció el enemigo, pero el joven quedó angustiadísimo por la maldad cometida de haber negado al Señor. Acudió a la Virgen, de quien alcanzó un dolor grande de todos los pecados y la gracia de confesarlos con gran pesar y llanto.

Ya le llevaban a ajusticiar por una calle donde había una imagen suya, a quien invocó, al pasar, con su oración acostumbrada: «Virgen benditísima, ayudadme a la hora de mi muerte», y la Virgen inclinó la cabeza a vista del concurso, con cuyo favor, enternecido él, suplicó le permitiesen acercarse a besarle los pies. Rehusaban los ministros de justicia; mas alzando un grito la gente, se lo permitieron. Se inclina, pues, para satisfacer su devoción, y María, desde su imagen, alarga su brazo y le toma por la mano, con tanta fuerza, que no fue posible arrancarle de allí. Al ver un prodigio tan manifiesto, empezaron todos a clamar: «¡Perdón, perdón!», y hubo perdón.

Volvió a su tierra, y de allí en adelante emprendió una vida muy ejemplar, agradecido y aficionado grandemente a la bienhechora clemen-

tísima que le había librado de la muerte temporal y eterna.

ORACIÓN.

¡Oh Madre de mi Dios!, decid hoy una palabra en favor mío, que soy tan miserable. Vuestro hijo Santísimo no espera más sino que habléis, para contentaros. No olvidéis que también a beneficio nuestro recibisteis tanto poder y dignidad. El mismo Dios quiso constituirse deudor vuestro, tomando carne en vuestro seno purísimo, con el fin de que a vuestra voluntad dispensaseis a los infelices los tesoros de su misericordia.

Siervos vuestros somos, dedicados estamos a vuestro servicio y tenemos la gloria de vivir bajo vuestro amparo. Si aun los que ni os veneran ni os conocen, si hasta quien os desprecia y blasfema experimenta vuestra piedad, ¿no hemos de esperar nosotros, que os adoramos, amamos y confiamos en Vos?

Es cierto que somos pecadores; pero Dios os ha dotado de un poder y clemencia mayor que todos nuestros deméritos. Podéis y queréis salvarnos y nosotros lo esperamos con tanta mayor seguridad cuanto menos lo merecemos, porque así tendremos mayor motivo de bendeciros en la gloria, salvos por vuestra intercesión.

Madre de misericordia, ved nuestras almas, antes tan hermosas, como que fueron lavadas con la preciosa Sangre de nuestro divino Redentor, y después feas y abominables por el pecado. A vos las presentamos para que las purifiquéis de toda mancha. Alcanzadnos una verdadera enmienda, el amor de Dios y la posesión de la eterna bienaventuranza. Cosas grandes os pedimos; pero Vos ¿no lo podéis todo? ¿No es todo muy poco comparado con el amor que Dios os tiene? Basta que abráis los labios; a ellos nadie se niega. Rogad, rogad por nosotros y seréis oída y nosotros salvos.

2.º — Maria es abogada compasiva y no rehusa defender la causa de ningún desvalido.

Son tantos los motivos que hay de nuestra parte para amar a esta amabilísima Señora, que si en

toda la tierra resonasen continuamente sus alabanzas y todos los hombres diesen en su obsequio la vida, sería poca gratitud y retorno al entrañable amor que profesa aun a los más pecadores, en quienes ve, a lo menos, algún vestigio de devoción para con Ella. Decía el sabio Idiota que María paga amor con amor, y aun de servir a quien la sirve no se desdeña, empleando (si éste se halla en pecado) todo su valimiento, hasta alcanzarle misericordia y perdón. Tanta es su benignidad, que nadie debe recelar, aunque ya se dé por perdido, de ir a sus pies buscando el remedio, pues a ninguno despide. Como abogada amantísima, cuida de presentar a Dios nuestras oraciones, mayormente las que van por su medio, pues así como con el Padre intercede su Hijo, así con el Hijo intercede la Madre, no dejando nunca de agenciar el negocio de nuestra salvación, y de solicitar las gracias que le pedimos. Con razón, pues, la llama Dionísio Cartujano Refugio singular de perdidos, Esperanza de miserables, Abogada de todos los pecadores, que se valen de su protección.

Podrá ser que algún pecador, sin dudar del poder de María, desconfíe con todo eso, temiendo, acaso, que no quiera favorecerle, enojada y retraída por la gravedad de las culpas. Mas aliéntese considerando, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, que aquel señalado privilegio de ser para con su Hijo poderosísima, de algo ciertamente nos ha de

servir, y de nada nos serviría si de nosotros no cuidase. Estemos seguros de que así como tiene más poder que ningún otro Santo, así no hay quien abogue con más amor y solicitud. Y así, exclama alborozado San Germán: «¿Quién, después de vuestro Santísimo Hijo, mira por nuestro bien, Madre de misericordia, tanto como Vos? ¿Quién nos libra más pronto de todos los males? ¿Quién más empeño toma en proteger y defender, casi luchando, a los infelices pecadores. Vuestro patrocinio, añade el sabio Idiota, nos es más útil de lo que nadie puede imaginar, y si alcanzan los Santos a favorecer a los hombres, y con especialidad a sus devotos, Vos mucho más, que sois Reina de todos los Santos, abogada de todos los hombres, refugio de todos los pecadores.

Sí, por cierto; aun de los pecadores tiene cuidado y de lo que más se gloria, después del título de Madre de Dios, es de que la llamen su abogada, intercediendo sin cesar por ellos en la presencia de la Majestad divina, y socorriendo todo género de necesidades con afecto de madre. Acudamos a Ella implorando su intercesión con gran confianza, porque a todas horas la encontraremos pronta y deseosa de favorecernos.

¡Con cuánta solicitud y amor promueve y solicita el negocio de nuestra salvación! Ciertamente es que todos los bienaventurados la desean y la piden;

mas la caridad y ternura que Vos, Señora, mostráis en el Cielo, alcanzándonos del Todopoderoso misericordias y gracias sin número, nos obliga a confesar que no tenemos propiamente más abogada que a Vos, y que Vos sois la que verdaderamente está cuidadosa de nuestro bien. ¿Qué entendimiento podrá comprender adónde llega tan continuo y amoroso empeño? Es tanta la compasión que tenéis de nuestras miserias; es tan ardiente el amor con que nos miráis, que pedís y volvéis a pedir, y jamás os cansáis de rogar por nosotros, defendiéndonos de todo mal y alcanzándonos toda suerte de bien.

¡Infelices de nosotros si no nos amparase esta abogada tan poderosa, tan benigna, tan prudente y sabia, que el Juez no puede condenar a reo ninguno que Ella defienda! Es más prudente que Abigail. Esta fue una mujer muy discreta, que con la blandura de sus ruegos aplacó el ánimo de David a tiempo que iba, irritado, contra Nabal, su marido (*Sam.*, 25, 3); y lo fue tanto, que el mismo David, al fin, *la bendijo* y dio gracias de que con su dulces palabras *le hubiese impedido correr a la venganza*. Otro tanto hace María en el Cielo a beneficio de innumerables pecadores. Con sus dulces y discretas razones sabe aplacar tan bien la ira divina, que el mismo Dios la bendice, y como que le da gracias de que le desarme el brazo para que no los castigue según merecen. A este fin, dice San Bernardo,

queriendo el Padre Eterno usar de misericordia con nosotros, nos dio a Jesucristo por abogado principal para con Él, y María por abogada para con Jesucristo.

Indudablemente, Jesucristo es el único mediador de justicia entre Dios y los hombres, que en virtud de sus propios merecimientos puede y quiere alcanzarnos perdón y gracia, como lo tiene prometido. Pero, como los hombres reverencian o temen tanto la Majestad divina que en Él resplandece, fue necesario que se les diese otra abogada a quien puedan acudir con menos recelo, y de tanta bondad y merecimiento, que nadie le llegue en poder para con Dios, ni en indulgencia para con nosotros. Haría, pues, grave injuria a tan grande bondad quien aún temiese acercarse a esta Señora, de quien está muy lejos la severidad y el terror, pues toda es benignidad, clemencia y dulzura. Lee y vuelve a leer con atención el sagrado Evangelio, y si hallas que María se muestra alguna vez severa con alguno, entonces podrás temer. Pero seguramente nada de esto hallarás, y así, bien puedes buscarla con alegría para que te ampare y favorezca.

Digámosle con los afectos de un alma devota: ¡Oh Madre de mi Dios!, a Vos acudiré, y aun me atreveré a reconveniros con humildad y filial confianza, porque toda la Iglesia da gritos llaman-

doos Madre de misericordia. Vos sois aquella criatura escogida que, por haber sido tan amada del Señor, siempre sois oída; vuestra piedad a nadie ha faltado nunca, y vuestra suavísima afabilidad jamás ha desechado a ningún pecador, por miserable que fuese. Pues qué, ¿acaso la Iglesia os dice vanamente su abogada y refugio de pecadores? No sean jamás mis culpas causa para retraeros de tan piadoso oficio. Sois, después del Salvador, nuestro refugio y mayor esperanza; mas toda la alteza de gracia, gloria y dignidad de Madre de Dios la debéis a los pecadores (sea lícito decirlo así), porque por causa suya se hizo Hijo vuestro el Hijo de Dios. Lejos, pues, de Vos, que disteis al mundo la fuente de misericordia, pensar que la neguéis a ningún infeliz de cuantos se valen de vuestro patrocinio. Y pues que vuestro dulce empleo es hacer las paces entre la criatura y su Criador, muévao a mirarnos con ojos de clemencia vuestra misma bondad, mayor incomparablemente que todo el cúmulo de nuestros pecados.

Terminemos, pues, con las palabras de Santo Tomás de Villanueva: Consolaos ya, pusilánimes; respirad y alentaos, desdichados pecadores, porque esta Virgen purísima es Madre del Juez, abogada del género humano; idónea y pronta, más que otra ninguna para defendernos en el acatamiento del Señor; sapientísima en excogitar los modos de amansar su cólera, y universal en el amor

materno, pues que a ningún infeliz rehusa nunca de proteger.

EJEMPLO.

La Virgen, portera de un monasterio.

Bien acredita cuán amorosa es con los miserables pecadores lo que hizo con una monja, portera del monasterio de Fuente-Heraldo, llamada Beatriz. Vencida y apasionada de un joven concertó fugarse con él del monasterio. Llegado el día señalado, se fue la infeliz delante de una imagen de la Virgen nuestra Señora, le dejó las llaves y se escapó.

Lejos de allí, tomó dentro de poco tiempo la infame ocupación de ramera, y en tan miserable estado vivió por el transcurso de quince años.

Al cabo de tanto tiempo sucedió que encontrándose una vez con el administrador de los bienes del monasterio, le preguntó si conocía a una monja por nombre Beatriz. «La conozco bien — respondió el hombre —; es una santa; ahora la han hecho maestra de novicias.» Ella quedó pasmada, no entendiendo cómo fuese aquello posible, y para salir de la duda, se disfrazó y volvió al monasterio. Pide que salga Sor Beatriz, y se le presenta la Reina del Cielo en la forma de aquella imagen a cuyos pies había dejado el hábito y las llaves. le habló la

señora y le dijo: «Beatriz, mirando por tu reputación, tomé tu mismo semblante, y he desempeñado tu oficio todo el tiempo que has vivido fugitiva del monasterio y de Dios. Hija, vuelve a entrar y haz penitencia de tus desórdenes, que aún te espera mi amantísimo Hijo, procurando con una conducta ejemplar mantener el buen nombre que Yo te he granjeado», y desapareció.

Entonces Beatriz entró en el monasterio, se vistió el hábito, y agradecida grandemente a la Reina de los ángeles por tan especial beneficio, vivió en adelante como verdadera santa, y a la hora de la muerte manifestó lo sucedido a gloria de María Santísima.

ORACIÓN.

¡Oh Madre Santísima!, bien conozco que, habiendo sido por tantos años ingrato a Dios y a Vos, merezco justamente que me abandonéis, porque el ingrato no es acreedor a ningún beneficio. Pero yo, Señora, tengo formada muy alta idea de vuestra bondad. Proseguid, ¡oh refugio segurísimo de pecadores!, proseguid en favorecer a un desdichado que en Vos confía. Extended la mano y levantad a un pobre caído que pide favor. Defendedme, y si no, decidme a quién he de ir, que me pueda valer mejor que Vos. Pero, ¿dónde encontraré para con el Altísimo abogado de más poder y bondad que su misma Madre? Madre sois del Salvador del mundo, y nacisteis para salvar los pecadores. ¡Oh María, salvad a un infeliz que humilde a Vos recurre! No merezco vuestro amor; pero el deseo que arde en vuestro pecho dulcísimo de salvarnos a todos me dice que me amáis, y si Vos me amáis, no me perderé.

¡Oh amada Madre mía, si por Vos me salvo, como lo espero, ya no seré desgraciado, sino felicísimo, y con alabanzas perpetuas desquitaré mis ingratitudes pasadas, bendeciré vuestro amor y

besaré vuestras manos sacrosantas, para mí tan benéficas, en aquella patria celestial donde reináis y reinaréis eternamente! ¡Oh libertadora, oh esperanza, oh Reina, oh abogada, oh Madre mía, os amo y siempre os amaré! Amén, amén. Así lo espero, así sea.

3.º — *Maria hace las paces entre Dios y los hombres.*

Es la gracia de Dios *un tesoro de valor infinito*, como dice el Espíritu Santo (*Sab.*, 7, 14), porque *nos eleva a la dignidad de hijos del Excelso*, a quienes nuestro divino Salvador llamó *amigos suyos* (*Jn.*, 15, 14), así como el pecado es una mancha tan execrable y fea, que priva al alma de aquella dichosa amistad y hermosura, haciéndola *abominable a los ojos de Dios* (*Sab.*, 14, 9) y su enemiga capital. ¿Qué debe hacer el pecador que se ve caído en semejante abismo? Necesita un mediador que interceda por él y le ayude a recuperar el bien perdido. Tú que has perdido a Dios, quienquiera que seas, dice San Bernardo, consuélate con saber que el Señor te ha dado con su divino Hijo tan poderoso medianero.

Pero, ¡ay dolor!, ¿por qué los hombres han de tener por severo al Mediador clementísimo que dio la vida por salvarnos? ¿Por qué han de temer que sea terrible la misma dulzura y amabilidad? Aliéntate, pecador, y no temas, y si es que los pecados te hacen temblar, acuérdate que Jesús los clavó consigo en el madero de la cruz, y satisfa-

ciendo por ellos a la divina justicia, los borró de tu alma.

Mas si lo que te atemoriza es su majestad y grandeza, pues que no dejó de ser Dios, aunque hecho hombre, tienes quien abogue con Él. Acude a María, que Ella pedirá por ti y será oída. Intercediendo el Hijo por ti delante de su eterno Padre, que nada le puede negar. Hermanos míos, María es la escala por donde recobran de nuevo los pecadores la hermosura de la divina gracia. Este es el motivo más poderoso de nuestra esperanza.

Oigamos en los libros de los *Cantares* (8, 10) las palabras que pone en su boca dulcísima el Espíritu Santo: *Yo soy defensa de los que me invocan, y la misericordia de mi pecho es para ellos como una torre de asilo.* A este fin la constituyó el Señor medianera y conciliadora de paces entre Él y los pecadores. No hay duda: María es la pacificadora, la que sabe alcanzar de Dios paz a los enemigos, salud a los desahuciados, perdón a los delincuentes y misericordia a los desesperados. Por eso la llamó su divino Esposo (*Cant.*, 1, 4): *Hermosa como los pabellones de Salomón.* En las tiendas de David no se trataba más que de guerra, pero en las de Salomón sólo se hablaba de paz; dándonos a entender así el Espíritu Santo que esta Madre misericordiosa no habla de guerra ni de venganza contra los pecadores, sino de paz y clemencia.

Figurada estuvo en la paloma de Noé, que saliendo del arca volvió con el ramo de oliva, en señal de la paz que ofrecía Dios a los mortales. María fue la paloma cándida y hermosa enviada del Cielo con ramo de oliva, símbolo de misericordia, porque nos dio a Jesús, fuente de toda misericordia, que en virtud de sus méritos infinitos nos alcanzó todas las gracias y favores que Dios nos dispensa. Por Ella, dice San Epifanio, se dio la paz al mundo, y por Ella siguen a cada hora reconciliándose con Dios los pecadores.

Figura suya fue también *el arco iris que rodea el trono de Dios*, visto por San Juan (*Apoc.*, 4, 3), porque siempre asiste al tribunal divino para suavizar las sentencias y castigos que merecen nuestros pecados. Ella es aquel *arco* de hermosos colores que quiso significar el Señor cuando dijo a Noé (*Gen.*, 9, 13) que *pondría en las nubes su arco de paz*, para que, viéndole, se acordasen los hombres de la perpetua paz que con ellos quedaba hecha. Aquél recordaba la promesa que Dios se dignaba hacer, y éste nos alcanza remisión de las ofensas y seguridad de perpetuas paces.

Por igual razón es comparada con la luna: *Hermosa como la luna* (*Cant.*, 6, 9); pues así como la luna está entre el Cielo y la tierra, así María se interpone continuamente entre Dios y los pecadores para aplacar la divina justicia, iluminar los entendimientos y volvernos a nuestro Criador.

Ved aquí su principal oficio: levantar las almas a la gracia divina, reconciliándolas con Dios. *Apacientas tus cabritos*, se le dice en los *Cantares* (1, 7). Sabemos que los cabritos son figuras de los pecadores, así como los corderos o mansas ovejas significan los escogidos, que se colocarán en el último día a la diestra del supremo Juez, mientras que los otros desventurados estarán a la izquierda. Pues, ¡oh Pastora divina!, a vuestro cargo quedan los cabritos, para que Vos los convirtáis en corderos, y hagáis que también vayan a ponerse aquel día al lado de la felicidad. Se reveló a Santa Catalina de Sena que la Virgen fue criada para ser cebo suavísimo que prendiese a los hombres y los restituyese a Dios. Sólo hay que advertir que no a todos los cabritos pecadores los salvará, sino a los que la sirvan y veneren; éstos son *sus* cabritos; porque los que viviendo en los vicios no procuran merecer su favor con algún obsequio particular, ni se le encomiendan con deseo de salir de su mal estado, no pertenecen a su grey, y, por tanto, la izquierda será en el juicio el lugar que les corresponde.

Hubo un hombre noble que por la multitud de los delitos que había cometido, desconfiaba ya de conseguir su salvación; pero sabiéndolo un religioso, le exhortó a valerse del amparo de María Santísima bajo la advocación de una imagen que se veneraba en cierta iglesia. El caballero fue, y al

instante que vio la imagen sintió como que le animaba a echarse a sus pies con toda confianza. Corre, se postra, y al ir a besárselos, la imagen, que era de talla, le dio a besar la mano, en la cual estaban escritas estas palabras: *Yo te libraré*; con lo que el hombre concibió de repente tan gran dolor de sus pecados y tan inmenso amor de Dios y de aquella Madre dulcísima, que allí cayó muerto a sus sagrados pies.

¡Oh y a cuántos pecadores obstinados trae a Dios cada día este *imán* de nuestros corazones! Pudiera referir muchos casos sucedidos en nuestras misiones y las ajenas, de algunos que a los demás sermones se mantuvieron duros y empedernidos; pero oyendo, al fin, predicar de las misericordias de María, se compungieron y se convirtieron. Dicen que el unicornio es un animal tan feroz, que no hay quien pueda darle caza, y que solamente a la voz de una doncella se rinde, se acerca y deja que le ate. ¡Cuántos pecadores que huían de Dios, más bravos que las fieras, vuelven a las voces de esta Virgen amorosísima, y de su mano se dejan mansamente ligar y conducir a Dios!

A este fin fue ensalzada a la dignidad de Madre de Dios, para que medie y alcance la salvación a muchos, que, atentos a sus obras y al rigor de la divina justicia, no se salvarían. Más por el bien de los pecadores que por el de los justos, se ve tan

entronizada; semejante a lo que afirmó de Sí Cristo nuestro Redentor, hablando de los motivos de su venida al mundo. ¡Oh Señora!, obligada estáis a favorecer a los pecadores, porque todas las prerrogativas y grandezas que habéis recibido (comprendidas en el título de Madre de Dios) a ellos las debéis, pues por su causa tenéis a Dios por Hijo. ¿Cómo con esto podrá ninguno desconfiar?

En la oración de la Misa de la vigilia de la Asunción nos dice la santa Iglesia que María fue llevada a los Cielos para que allí, de continuo, se interponga por nosotros con la certeza de ser oída. Por esto es llamada *árbitra*, que dispone de todo a su voluntad, y con cuya sentencia y decisión siempre se conforma el supremo Juez. ¿Qué mayor seguridad podemos desear? ¿Qué *fiadora* más acepta a los deseos de Dios ni que mejor pueda reconciliarnos con Él? Como el Señor solicita por todos los medios la reconciliación de los pecadores, para que no dudásemos de alcanzar el perdón, nos la dio por prenda segura. ¡Oh pecador!, ámate oyendo esto, y si por la muchedumbre y gravedad de tus pecados temes que Dios, indignado, tome venganza de ti, ve a buscar a María, esperanza de pecadores, sabiendo que el mismo Señor le confió el oficio y encargo de socorrernos y ayudarnos a todos.

¿Qué temor ha de tener de salir mal el reo a

quien la madre del juez se ofrece por abogada y madre? Y Vos, Señora, que lo sois, ¿os desdeñaréis de interceder con vuestro Hijo, que es el Juez, por otro hijo, que es el pecador? ¿No pediréis al Redentor por un alma redimida con su propia sangre? Con toda eficacia rogaréis por los que recurren a Vos, como mediadora que sois entre el Juez y el delincuente. Tú, pecador, cualquiera que seas, por más atollado que estés, por más antiguas y encanceradas que sean tus llagas, no desconfíes; antes bien, da gracias a Dios de que para usar contigo de misericordia, no sólo te haya dado a su unigénito Hijo por abogado, mas para que mayormente confíes, te ha provisto también de una medianera que todo lo alcanza. Implora su favor, y te salvarás.

EJEMPLO.

Conversión de Benita.

Cuenta el P. Juan Bonifacio, S. J., que hubo en Florencia una moza llamada Benita, pero no bendita, sino muy perversa, deshonesta y escandalosa. Por dicha suya, llegó a la ciudad el glorioso patriarca Santo Domingo, y ella, por mera curiosidad, quiso ir un día a un sermón que predicaba, en el cual, finalmente, la palabra divina la compungió tanto que, anegada en lágrimas se confesó con el Santo, quien no la impuso más penitencia que rezar el Rosario. Pero la infeliz, vencida del mal

hábito contraído, volvió a recaer. Súpolo el Santo, fue a buscarla, y logró que se confesase otra vez, ayudando el Señor por su parte a la firmeza del propósito con una visión en que le descubrió las penas del infierno y ardiendo en él algunos hombres condenados por culpa suya, al mismo tiempo que le puso delante un libro donde estaban escritos todos sus pecados, cosa que la llenó de espanto; pero valiéndose fervorosamente de la protección de la Virgen, vio también que esta Señora le alcanzaba de Dios tiempo para llorar sus liviandades.

Emprendió, desde luego, una vida muy ajustada; mas como nunca se le apartase de los ojos aquel proceso tan temeroso, empezó un día a decir a la Reina de los Angeles estas palabras: «Madre amantísima, bien sé que he merecido mil veces el infierno; pero ya que misericordiosamente me habéis concedido espacio de penitencia, voy a pedir os otra gracia, aunque no quiero dejar de llorar mis pecados hasta la muerte, y es que dispongáis se borren todos de aquel libro que he visto.» La Virgen Santísima se le apareció, diciéndola que para obtener lo que solicitaba había de tener de allí en adelante memoria continua de sus pecados y de la misericordia que Dios había usado con ella; que se había de acordar frecuentemente de lo mucho que el Señor había padecido por salvarla, y que, en fin, había de pensar cuántos se

habían condenado con menos motivo, revelándole la condenación aquel mismo día de un muchacho de ocho años por un solo pecado grave. Obedeció Benita puntualmente, y mereció que al cabo se le apareciese también Jesucristo nuestro Redentor, y que, mostrándole aquel libro, le dijese: «Ya tus delitos quedan borrados y el libro en blanco. Escribe ahora muchos actos de caridad y demás virtudes.» Hízolo así Benita lo que le restaba de vida; vivió hasta el fin como santa y murió felizmente.

ORACIÓN.

¡Oh dulcísima Virgen! Pues que vuestro empleo es el de interponeros como defensora entre Dios y los pecadores, haced por mí siempre oficio tan amoroso. Y no digáis que es difícil mi causa y no me podéis defender, porque ninguna tuvo mal éxito, por desesperada que fuese, patrocinada por Vos. ¿Y se ha de perder la mía? No, no se perderá. Es cierto que si sólo mirase a lo que merecen mis pecados, temería con gran razón que os negaseis a encargáros de ella; pero como conozco vuestra piedad y el deseo que arde en vuestro benignísimo corazón de ayudar a los desgraciados, nada temo. ¿Quién nunca se perdió que a Vos acudiese? Vos me amparáis, abogada mía, refugio mío, esperanza mía, amada Madre mía. En vuestras manos pongo el negocio de mi eterna salvación. En vuestras manos encomiendo mi alma; Vos la habéis de salvar. No cesaré de bendecir al Señor, porque me da en Vos esta confianza, la cual es tan grande, que, sobrepujando a todos mis méritos, me alienta y asegura de mi salvación.

Un sólo recelo me queda, y es si llegaré a faltar por mi negligencia en esta confianza de hijo que siento en Vos ahora. Para que así no suceda, os pido por el amor que tenéis a nuestro divino Salvador, que conservéis y aumentéis cada día más y más en mi ánimo esta segurísima confianza en vuestra intercesión, por la cual

espero recuperar la gracia que perdi pecando locamente, conservarla con vuestro auxilio poderoso y conseguir después cantar en el Cielo tantas misericordias viendo y gozando a Dios en vuestra compañía por todos los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO VII

VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS

Párrafo único. — *María Santísima mira con gran compasión nuestras miserias para remediarlas.*

Llamó un escritor griego a la Virgen Santísima *la de los muchos ojos*, porque es toda ojos para remediar a los desdichados que vivimos en este valle de lágrimas. Estaban conjurando una vez a un endemoniado, y el exorcista preguntó al enemigo: *Dime, ¿qué hace María?* A lo que respondió: *Baja y sube*; queriendo decir que no hace otra cosa que *bajar* a traer a la tierra beneficios y hacer bien a los hombres, y *subir* al Cielo a presentar nuestras súplicas ante el divino acatamiento. San Andrés Avelino la llamó *Procuradora del Paraíso*, porque se ocupa sin interrupción en *solicitar* las misericordias del Señor y conseguir mercedes para justos y pecadores. *En los justos tiene Dios puestos los ojos*, dice David (Ps. 33, 16); pero la Virgen, en los justos

y pecadores, porque los suyos son ojos de Madre, y la madre no sólo mira que el hijo no caiga, mas cuando cae corre a levantarle.

«Pídeme cuanto quieras», dice a su Madre el Señor, complaciéndose en concederle todo lo que desea por el grande amor que le tiene. ¿Y qué pide María? «Hijo mío, pues que Tú me has destinado para Madre de misericordia, refugio de pecadores y abogada de miserables, y me dices que pida cuanto quiera, pido que uses con ellos de misericordia.» Tanta es la vuestra, Señora, y tanto el cuidado con que atendéis al alivio y remedio de nuestros males, que no parece tenéis en el Cielo otro empleo ni otra solicitud más que ésta. Y como la mayor miseria es de la de los pecadores, sin descanso rogáis por ellos.

Aun en esta vida tuvo siempre para con los hombres un corazón tan amoroso y tierno, que jamás hubo persona tan afligida de sus penas propias como la Virgen de las ajenas. Bien lo mostró en aquellas bodas a donde fue convidada, como dijimos en el capítulo anterior. ¿Y sería motivo para olvidarse de nosotros el verse ahora en el Cielo tan ensalzada? No hay que pensarlo; ni corazón tan piadoso puede nunca olvidarse de miseria tan grande como la nuestra, ni a Ella le alcanza de ninguna manera el proverbio de que *honores mutant mores*, o de que con la gloria se

olvidan las memorias; ingratitud y proceder común entre mundanos, los cuales, si por acaso llegan a subir a puestos altos, se olvidan fácilmente de los amigos que dejan en pobreza. María, no; antes bien, se goza de su gran poder, porque así tiene más proporción de hacer beneficios y socorrer necesidades. El ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA le aplica las palabras que se dijeron a Rut (3, 10): *Bendita seas, porque si fue grande tu primera misericordia, mayor es la de ahora*. Si viviendo en carne mortal eras tan clemente, más lo eres ahora que reinas en el Cielo. Verdaderamente es ahora mayor su misericordia maternal, comparada con la grandeza y continuación de los favores que nos consigue, porque desde el Cielo conoce mejor nuestras faltas y necesidades. Y así como la luz del sol es mucho más resplandeciente que la de la luna, así la piedad de María, ahora que reina en la gloria, excede en mucho a la que tuvo antes. ¿Quién vive en el mundo privado de la luz del sol? Y ¿A quién no alumbra y vivifica la misericordia de María? Por eso se llama *escogida como el sol* (*Cant.*, 6, 9), porque no hay quien quede excluido del calor de este sol.

Se apareció un día Santa Inés a Santa Brígida, y le dijo: «Ahora que nuestra Reina está en el Cielo unida con su Hijo, no se olvida de su innata piedad, sino que a todos, sin excluir a ningún pecador, tiende el manto de su misericordia, y a la manera

que los rayos del sol iluminan todos los cuerpos terrestres y celestes, así no hay persona en el mundo que no participe de su misericordia, si la pide.»

Estaba determinado un gran pecador, en el reino de Valencia, a hacerse turco, por huir de las manos de la Justicia, que le buscaba, y ya iba al embarcadero, cuando, al pasar por una iglesia donde predicaba el Padre Jerónimo López, de la Compañía de Jesús, famoso misionero, entró y, oyéndole, quedó convertido, confesándose con él. Acabada la confesión, le preguntó el misionero si había practicado alguna devoción por la cual hubiese Dios usado con él de tan especial misericordia, y supo que solamente había tenido la costumbre de pedir todos los días a la Virgen que no le abandonase.

En otra ocasión dio en un hospital el mismo Padre con otro pecador que había vivido cincuenta y cinco años sin confesarse, ni otra devoción que hacer reverencia a las imágenes de María Santísima y suplicarle que no le dejase morir en pecado mortal. Había tenido una riña con un enemigo suyo, en la cual se le rompió la espada, y creyéndose ya perdido, volviéndose a la Virgen, le dijo: «Ahora me matan y me condeno; Madre de pecadores, ayudadme»; y apenas acabó estas palabras, sin saber cómo, se halló lejos de allí, en lugar

seguro. Hizo también confesión general, y murió con grande confianza de su salvación.

¡Cuán cierto es que toda se presta a todos! A todos, dice San Bernardo, abre el seno de su misericordia, a fin de que todos reciban: el esclavo, rescate; el enfermo, salud; el triste, consuelo; el pecador, perdón; Dios, gloria, y así *no haya quien carezca de su luz y calor*. ¿Quién no la amará? Dice el ESTÍMULO DE AMOR: Más hermosa es que el sol y más dulce que la miel; es un tesoro inagotable de beneficencia, con todos benigna, con todos cariñosa. Os saludo con todo mi corazón. Señora y Madre mía, luz de mis ojos y vida de mi alma. Perdonadme si digo que os amo; y si no soy digno de amaros, Vos sois dignísima de todo amor.

Santa Gertrudis supo por revelación que siempre que se le dicen devotamente estas palabras de la Salve: *Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*, no puede menos de inclinarse propicia y acceder a lo que se le pide. ¡Oh Señora!, exclama San Bernardo. Vuestra misericordia llena toda la tierra, y el deseo que tenéis de favorecernos es tan grande, que os dais por ofendida no sólo de los que os injurian abiertamente (como los perversos que en el juego blasfeman de vuestro nombre), sino de todos aquellos que no se acuerdan de Vos para pedir os algunas gracias, enseñándonos así a esperarlas

mayores que nuestros méritos, pues mayores, sin comparación, las dispensáis continuamente.

Predijo el Profeta Isaías (16, 5) que cuando llegase el tiempo de la redención se *alzaria un trono de misericordia*. ¿Y cuál es ese trono?, se pregunta en el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA. Es María, en quien todos, justos y pecadores, hallan consuelo y amparo. Un Señor tenemos lleno de misericordia y una Señora misericordiosísima. El Señor es todo clemencia con los que le invocan, y la Señora, lo mismo. Sentada está en el solio del Reino de Dios, donde el Altísimo la revistió de su autoridad y omnipotencia para que nos dispense todo género de beneficios y nos ayude a conseguir, por último, la eterna salvación.

Mientras le decía una vez Santa Gertrudis con ternísimo afecto: *Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*, la Virgen le señaló los ojos del Niño que tenía en los brazos, respondiendo así: «Estos son los ojos misericordiosísimos que yo puedo inclinar hacia todos los que me invocan.» Otra vez, llorando a sus pies un pecador y pidiendo que le alcanzase misericordia, vuelta al Hijo, que tenía también en los brazos, le dijo: «¿Y estas lágrimas se han de perder?» No fue así, porque el Señor le perdonó.

Ni ¿cómo ha de perecer ninguno de cuantos se

valgan del amparo de tan buena Madre, estando empeñada en su favor la palabra del Hijo, con promesa de usar con ellos de misericordia? Igual sois en poder y bondad, Madre piadosísima: en poder, para alcanzarnos beneficios, y en bondad, para perdonarnos. ¿Cuándo se dio caso en que no os compadecieseis de algún miserable, siendo como sois Madre de misericordia? O ¿cuándo os faltó poder para socorrerlos, siendo Madre del Omnipotente? ¡Ah, Señora! Con la misma facilidad escucháis ruegos, alcanzáis favores y socorréis miserias. Llenaos, ¡oh Reina felicísima!, de la gloria de vuestro Hijo; llenaos, rebosad, y, no por nuestros méritos, sino de pura compasión, dejad que llegue algo a estos pobres pequeñuelos, hijos y esclavos vuestros. Y para que mis pecados no me desalienten, no me los opongáis porque contra ellos presentaré yo vuestra piedad. No se diga nunca que hayan mis culpas altercado en juicio contra vuestras misericordia, la cual es mucho más poderosa para absolverme que mis pecados para condenarme.

EJEMPLO.

El demonio, disfrazado de mona.

En las *Crónicas de los Padres Capuchinos* se escribe que hubo en Venecia un abogado de fama que había llegado con enredos y engaños a ser hombre rico, sin verse de bueno en él otra cosa que

la costumbre de rezar todos los días una oración a nuestra Señora, la cual bastó, no obstante, para librarle de las penas eternas.

Fue así que habiendo, por fortuna, contraído amistad con un religioso ejemplar, llamado fray Mateo de Basso, logró que un día condescendiese a comer con él. Llegados a casa, le dijo el abogado: «Padre, va a ver usted una cosa que no habrá visto nunca: tengo una mona tan hábil, que es una admiración, porque me sirve de criado, abriendo la puerta, fregando en la cocina, poniendo la mesa y haciendo todos los otros menesteres de la casa.» El capuchino contestó: «Cuidado no sea ese animal algo más que mona; hágala usted venir.» La llaman, la vuelven a llamar, la buscan por todos los rincones, y la mona no parece. Finalmente, la encuentran en un cuarto bajo, escondida debajo de la cama, de donde no quería salir. «Vamos allá nosotros», dijo el Padre. Fueron, y dijo el religioso: «Sal de aquí bestia infernal, y yo te mando, en nombre de Dios, digas quién eres.» A estas palabras habló la mona confesando que era el demonio, que esperaba que aquel hombre desalmado omitiese un día de decir su oración a la Virgen para ahogarlo y arrebatarse su alma a los infiernos, con licencia que para ello tenía de Dios.

Al oír esto el abogado, sobrecogido y temblando, se echó a los pies del siervo de Dios, pidiéndole favor y consejo. El Padre le animó y mandó al

diablo irse al instante de aquella casa sin causar daño, y que sólo para señal dejase abierta una brecha en la pared. Apenas dicho esto, se oyó un estallido y se abrió en la pared un boquete que en mucho tiempo no se pudo tapar por más que se hizo, hasta que, por consejo del mismo Padre, se puso allí una imagen de bulto representando un ángel. El abogado se convirtió, y hasta la muerte se cree que perseveró en la mudanza de la vida.

ORACIÓN

¡Oh Virgen purísima, la más excelente y ensalzada de todas las criaturas! Desde este valle oscuro y hondo os saluda humildemente un pecador que, por haber sido infiel a Dios, conoce no merecer misericordia y gracia, sino justicia y pena; aunque, por otra parte, no desconfía de vuestra piedad, porque sabe que os preciáis de ser tanto más benigna cuanto más poderosa; que os alegráis de ser rica para enriquecer nuestra pobreza, y que a proporción que son más desvalidos los que vienen a pedir a vuestras puertas, más pronto los amparáis y socorréis.

Madre mía. Vos llorasteis amargamente viendo a vuestro Hijo muerto por mí. Os pido que le presentéis aquellas lágrimas, para que por ellas me conceda un verdadero dolor de mis pecados. Si tanto fue lo que os afligieron los pecados de los hombres, y especialmente los míos, haced que cesen ya los disgustos dados al Señor y a Vos. ¿De qué me servirían lágrimas tan preciosas, si continuase siendo tan ingrato y perverso? ¿De qué me aprovecharía vuestra misericordia, si de nuevo hubiese de ser infiel y condenarme? No lo permitáis, Madre mía. Vos habéis respondido por mí; Vos alcanzáis de Dios cuanto pedís; Vos escucháis los ruegos de todos. Con esta confianza, dos favores os pido en este día, y los dos espero de vuestra bondad: el uno, ser en adelante fiel al Señor, sin más ofenderle, y el otro, amarle ardientemente tanto como le ofendí, sin dejarle de amar mientras me dure la vida, para amarle después por todos los siglos.

CAPITULO VIII

Y DESPUÉS DE ESTE DESTIERRO, MUÉSTRANOS A JESÚS,
FRUTO BENDITO DE TU VIENTRE.

1° — *María libra del infierno a sus devotos.*

Es imposible que ningún devoto de María Santísima se condene, si él procura obsequiarla y encomendarse a su patrocinio. Parecerá, tal vez, a primera vista, mucho decir; pero suplico no deseche nadie mi aserción antes de hacerse cargo de las razones.

El afirmar que un devoto de nuestra Señora no es posible que se condene, no se ha de entender de aquellos que abusan de esta devoción para pecar más libremente; por lo que hacen bien algunos en desaprobar con celo falso lo mucho que ensalzamos la piedad de María para con los pecadores, pareciéndoles que así los malos toman alas para más pecar, cuando lo primero que decimos es que éstos no tienen que lisonjearse; antes bien, por su temeridad y loca presunción, merecen castigo. no

misericordia. Se entiende, pues, de aquellos devotos que, con el deseo de la enmienda, juntan la fidelidad en obsequiar y encomendarse a la Madre de Dios. De éstos afirmo que, moralmente hablando, no es posible que se condenen: proposición enseñada por muchos y graves teólogos. Y para ver el fundamento sólido en que se apoyaron, examinemos lo que en esta materia habían enseñado antes los Santos y Doctores sagrados.

Lo dice San Anselmo terminantemente, y éstas son sus palabras: «¡Oh Virgen benditísima! Tan imposible es que se salve el que de Ti se aparta, como que perezca el que se vale de Ti.»

Casi con las mismas expresiones lo confirma San Antonino, diciendo: «Así como es imposible que se salve ninguno de cuantos la Virgen desvía sus ojos de misericordia, así necesariamente se salvan todos aquellos en quienes los ponga abogando por ellos.» Nótese de paso la primera parte de la proposición sentada por estos Santos, y tiemblen los que no hacen caso o dejan por descuido la devoción de María, pues vemos que aseguran resueltamente no haberse de salvar ninguno a quien esta Señora no proteja; sentencia que, además, sostienen otros muchos Doctores, como el autor de la BIBLIA MARIANA, que dice: «Señora, el linaje que no te sirviere, perecerá.» El SALTERIO MARIANO añade que «los que no le son devotos morirán en pecado», y en otra parte, que

«quien no la invoque en esta vida no entrará en el Reino de los Cielos». Y exponiendo el salmo 99, llega a decir que «ni esperanza tendrán de salvación aquellos a quienes María vuelve las espaldas»; doctrina que mucho antes había enseñado San Ignacio, Mártir, diciendo claramente que «ningún pecador se puede salvar sino por medio de la Virgen, la cual, con su intercesión poderosa, salva a muchísimos que de rigor de justicia se hubieran condenado». Algunos dudan que estas palabras sean de San Ignacio; pero, a lo menos, las hizo suyas San Juan Crisóstomos, en cuyo sentido le aplica la Iglesia lo que se dice en los *Proverbios* (8, 36): «*Todos los que me aborrecen hallarán la muerte. El que me halle, hallará la vida*; porque todos los que naveguen fuera de esta nave segura perecerán en el mar del mundo.» «Al contrario, dice María (*Eccli.*, 24, 30), *el que me oye no será confundido*»; respondiendo a lo cual le dice el *SALTERIO MARIANO*: «Sí, señora; quien se aventaje en obsequiaros estará muy lejos de la perdición», y otro Santo añade que «ningún devoto suyo acabará mal, por más que en lo pasado haya ofendido a Dios».

Ahora conoceremos el motivo que el demonio tiene para afanarse tanto con los pecadores a que, perdida la divina gracia, pierdan también la devoción de María Santísima. Viendo Sara (*Gen.*, 21, 9) que su hijo Isaac, jugando con Ismael, hijo de la esclava, aprendía malas costumbres, dijo a su

marido Abrahán que le echase de casa juntamente con Agar, su madre. No se contentó con que Ismael saliese, si no salía también la madre, temiendo que el mozo viniese a verla, y con aquella querencia no se despegase nunca de la casa. De esta suerte, el demonio no se contenta con que el alma eche de sí a Jesucristo si no despacha también a la Madre, porque teme que la Madre, con la eficacia de su intercesión, le vuelva a traer; temor bien fundado, porque todo el que sea constante en obsequiarla, pronto recobrará la gracia de Dios. Por eso llamaba San Efrén a la devoción a María *Carta de Libertad* o *Salvoconducto* para librarse del infierno. Y realmente, teniendo para salvarnos tanto poder y voluntad, según la doctrina de San Bernardo; poder, porque es imposible que sus ruegos dejen de ser oídos; voluntad, porque es nuestra Madre y desea que logremos la salvación mucho más que nosotros mismos; ¿cómo se ha de perder ninguno que fielmente le sea devoto? Podrá estar en pecado; pero si, con deseo de la enmienda, sigue encomendándose a Ella, queda a su cuidado el alcanzarle luz, arrepentimiento y verdadero dolor, perseverancia en la virtud, y al fin morir en gracia. ¿Qué madre, pudiendo fácilmente librar a un hijo del cadalso sólo con hablar al juez, no lo haría? ¿Y hemos de imaginar que la Madre más amorosa y tierna que jamás vio el mundo no librará de la muerte eterna a un Hijo suyo, pudiéndolo hacer tan fácilmente?

Demos al Señor gracias incesantes, piadoso lector, si sentimos en nosotros este afecto y confianza filial para con la Reina de los ángeles, pues que, según afirma un escritor griego, es gracia que Dios concede solamente a los que quiere salvar; y oigamos sus propias palabras, que alientan sobre manera los corazones: «¡Oh Madre de Dios! Si consigo verme bajo vuestra protección y amparo, no tengo que temer, porque el ser devoto vuestro es señal segura de salvación, y Dios no la concede sino a los que determina salvar.»

No es extraño, pues, que esta dichosa devoción desagrade tanto al enemigo de nuestras almas. Se lee en la vida del Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía, devotísimo de la Virgen, que estando en oración y sintiéndose acosado de tentaciones impuras, oyó cerca al enemigo, que le afligía, diciéndole: «Deja tú la devoción de María y dejaré yo de tentarte.»

Y a Santa Catalina de Sena fue revelada la verdad que vamos aquí probando. Díjole el Señor: «Por mi bondad, y en reverencia al misterio de la Encarnación, he concedido a María, Madre de mi unigénito Hijo, la prerrogativa de que ningún pecador, por grande que sea, que se le encomiende devotamente, llegue a ser presa del fuego del infierno.»

Aun el profeta David (*Ps.*, 25, 8), dicen los intérpretes, pedía que Dios le librase de las penas

eternas por el honor y gloria de María, clamando así: *Señor, bien sabes que amé la hermosura de tu casa; no se pierda mi alma con la de los impíos.* Dice *tu casa*, significando a María, que es aquella casa hermosísima que en la tierra fabricó Dios por su mano para habitar y recrearse en ella hecho hombre, como está registrado proféticamente en los *Proverbios* (9, 1) por estas palabras: *La Sabiduría edificó una casa para Sí.* No se perderá, nos asegura otro escritor mariano, quien procure ser devoto de esta Madre Santísima; apoyándolo el SALTERIO MARIANO cuando le dice: «Señora, vuestros amantes en esta vida gozan paz envidiable, y en la otra no verán la muerte eterna.» No; jamás se ha visto ni se verá que un siervo humilde y amante de María se pierda para siempre.

¡Cuántos se hubieran perdido por toda la eternidad si esta Señora no hubiese mediado con su Hijo Santísimo, alcanzándoles misericordia! Más llegan a decir no pocos teólogos, y especialmente Santo Tomás: dicen que ha habido muchos casos de personas muertas en pecado mortal, y que, no obstante, por ruegos de María, Dios suspendió la sentencia de condenación y les permitió volver a la vida para que hiciesen penitencia de sus pecados. Entre otros graves autores, Flodoardo, que vivió en el siglo X, cuenta en su *Crónica* que un diácono, por nombre Aldemán, estando ya para ser puesto en la sepultura, resucitó, y declaró haber visto el lugar